

LAS PALABRAS
DE MI HISTORIA



Antonio Tejera Gaspar



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2003

© Academia Canaria de la Lengua
© Antonio Tejera Gaspar

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.994-2003

ISBN: 84-96059-15-4

Al principiar esta noche mis palabras, les confieso que me encuentro un poco azorado. Creo que es una sensación parecida a la que sentí en setiembre de 1957, cuando quien les habla entró por primera vez en este bellissimo patio columnado, para examinarse de Dibujo y de Política, o por mejor decir, de Formación del Espíritu Nacional, que era el eufemismo utilizado en el Antiguo Régimen para referirse a esta asignatura. Más tarde serían también las matemáticas, que con el Dibujo, formarían parte de mi particular calvario del Bachillerato que me tocó estudiar, perteneciente a algún Plan asociado a un año cualquiera, del que no alcanzo a saber cuál, ni tampoco me apetece recordar. En la actualidad ya no se habla de planes de estudio. Sólo de Esso.

Así que por mor del Dibujo, y por mi esca-
 so afán por aquélla política, el muchachito de
 entonces, se encontró, sin quererlo, en un lu-
 gar privilegiado, en el que D. Benito Pérez
 Galdós se había hecho Bachiller, en el ya leja-
 no año de 1862, y en fechas más lejanas aún,
 los monjes agustinos iniciarían los primeros
 ensayos de los Estudios Superiores, que darí-
 an lugar al paso de los siglos a la creación de
 nuestra Universidad. Y como si nos empeñá-
 ramos en que el tiempo debe ser circular, al
 cabo de los años me encuentro de nuevo en
 este lugar, aunque hoy por expreso deseo de
 los miembros de la Academia Canaria de la
 Lengua, a los que quiero agradecer el nombra-
 miento para formar parte de esta Institución.
 Y de manera especial, me gustaría manifestarle
 mi reconocimiento a nuestro secretario, el
 profesor Marcial Morera, por su empeño en
 que estuviera en ella, y en igual sentido al pro-
 fesor Manuel De Paz.

Quiero asimismo expresar mi alegría por
 compartir este acto con Carmen Díaz Alayón,
 amiga y compañera.

En los pueblos existía antaño la costumbre de que cuando algún miembro de la familia marchaba de su casa, lo que siempre era un acontecimiento, o de nuevo regresaba a ella, había que pedir la bendición de los mayores. Yo se la solicitaba a mi abuelo Antonio Gaspar; me extendía la mano con mucha solemnidad, con la misma que yo se la besaba y luego la colocaba encima de mi cabeza como un acto de protección. En el recuerdo este signo se me asemeja como propio del ritual del paterfamilias de la sociedad romana. El presente acto, aunque con todas las diferencias del caso, está rodeado también de aspectos propios de los rituales de tránsito, pero queden tranquilos que no les voy a solicitar su bendición, aunque sí su comprensión, para con las palabras de mi historia que les paso a contar.

PALABRAS PARA EL RECUERDO

Tengo para mí que un buen número de las palabras aprendidas de niño, formaban parte de un legado antiguo, transmitidas de padres a hi-

jos, desde hacía muchas generaciones. Les oía decir a la gente más vieja, términos como jacer, mercar, platicar, trujir, ansina, haiga, que eran bien distintas a las utilizadas por las personas más jóvenes. Me crié oyendo aquellas palabras viejas que convivían con otras nuevas, que anunciaban sin duda el tránsito a una época distinta. Eran como lenguas de frontera, de dos mundos y de dos culturas. Una que comenzaba lentamente a desaparecer, y otra nueva que ya se barruntaba. Fue por esa época cuando oí la radio por vez primera.

Las palabras se escuchaban, pero no se leían. Se decía [es]columbrar por columbrar, o aujalaga por aulaga. Al final uno no sabía si la palabra correcta era retrete, o water; y si de veras haiga era un coche grande con los que alardeaban, en medio de la pobreza de aquellos pueblos, los indios venidos de Venezuela.

Resultaba igualmente difícil saber con toda certeza los nombres verdaderos de algunos alimentos, como melocotón o durazno, albaricoque o damasco, guindas o cerezas, papas o patatas. Por toda explicación nos decían que eran

nombres distintos, porque los de Canarias eran frutos diferentes a los de la Península. Las razones eran otras, naturalmente, pero eso sólo alcancé a saberlo mucho más tarde.

No podía yo imaginar por entonces la existencia de americanismos y portuguesismos, que tanto han enriquecido el español hablado en Canarias, como guagua y autobús, azada y guataca, hoz y podona, entre otros muchos. Y como ha explicado muy bien nuestro Presidente, el profesor Trujillo Carreño, en este bilingüismo de andar por casa, en el que nos movíamos, además de otras causas que los lingüistas saben mejor que yo, se encuentran algunas que justifican el por qué de muchas de nuestras dudas a la hora de expresarnos. En mi caso, puedo asegurar que esto ha sido así.

Aquella cultura que aprendí de manera natural, me acarrearía muchos problemas, pero a la postre muchas satisfacciones también. De ella aprendí un caudal rico de palabras, que más tarde debí arrinconar, cuando continué mis estudios de bachillerato en la ciudad, porque nadie las decía, y si alguna se me escapaba, de inme-

diato me tildaban de mago. Sólo tomaría conciencia de su verdadera importancia, cuando ya en la Universidad leí *El Lazarillo de Tormes*, o *El Buscón*, ambas obras editadas en Clásicos castellanos, de las que buena parte de las notas aclaratorias del editor sobran para mí. Lo mismo me sucedería más tarde con las propias de la lengua marinera de Colón: toninas, velillo, abalumado, que de pequeño había aprendido con los pescadores.

Era por entonces mi pueblo, como todos los núcleos rurales de las bandas del sur de Tenerife, un pueblo sin libros. La poca letra impresa que alcanzábamos a leer estaba en los ejemplares de las cartillas del *Raya*, manoseadas una y otra vez por las lecturas en común, que luego se amontonaban desordenadamente en los anaquelos destartados de la escuela unitaria. En ellos aprendí a leer, a base de machacar “mi mamá me ama”, y “yo amo a mi mamá”, pero también otras muchas palabras; algunas se me antojaban mágicas, como *kepis*, *peonza*, *canica*, de las que por supuesto desconocía su significado, porque por esas fechas los muchachos llevábamos una

boina negra, y no un kepis. Y jugábamos al trompo y a los boliches, pero no a la peonza ni a las canicas.

De los pocos libros que había en aquellos tres tristes anaqueles arruinados, recuerdo muy bien una edición del Quijote. Supongo que eran los restos del naufragio de las bibliotecas escolares de la II República. Era un libro grande, sin tapas, que hoy lo asemejo al que el cronista Abreu Galindo, confiesa haber visto “en la librería que la iglesia Catedral de Nuestra Señora Santa Ana de esta ciudad real de Las Palmas: [en donde había uno, dice] sin principio ni fin, muy estragado...”. Mi Quijote tenía unos dibujos que me subyugaban, mirándolos embobado una vez y otra. Tuvieron que pasar muchos años para que reconociera en ellos la mano del gran ilustrador Gustavo Doré.

La radio no existía, porque no había luz eléctrica, y los transistores, si ya se fabricaban, por esas fechas no alcancé a verlos. La primera radio que escuché era de batería. Y su propietario—sólo había una en el pueblo— le permitía a D. Jacinto, mi maestro, que en alguna ocasión en la

que las campanas repicaran recio —supongo que cuando jugaba el Bilbao y el Madrid— nos llevara frente a su casa y, en la ventana colocaba un altavoz, una caja cuadrada con un orificio circular, cubierto con una telita marrón, de la que salía la voz de un hombre contándonos las hazañas que con el balón hacían Gainza, Carmelo, Venancio y otros; eran las glorias del Athletic de entonces.

El periódico era el único vínculo con el mundo exterior que sólo lo recibían en el pueblo dos o tres personas. Para su lectura, los mayores formaban un corro, mientras escuchaban atentamente al lector que al tiempo hacía de narrador y comentarista. Los más chicos oíamos alguna cosa, mientras íbamos de acá para allá, llevando el periódico de unas casas a otras; aunque lo escuchado nos resultaba incomprensible, desde luego. Sólo nos interesaban las fotos, casi todas eran de Franco, claro, y en la mayoría de las ocasiones aparecía con Haille Selassie, y no sé si por entonces estaba también la inevitable de Couve de Mourville, en la que aparecía siempre rodeado de un enjambre de micrófonos.

No había libros, ciertamente, pero sin embargo, el pueblo todo él era una biblioteca parlante, en donde la gente había guardado la memoria última, que por suerte rememoro cada año por las fiestas del 24 de Agosto, reviviendo anécdotas, personas y cuentos de la pequeña historia de aquellos acontecimientos cercanos, pero al tiempo muy lejanos también.

LAS PALABRAS DE LA CULTURA

El dominico Agustín Espinosa, el gran cronista de la Historia y milagros de Nuestra Señora de Candelaria, al hablar del sistema ganadero de los guanches dice: “tienen una habilidad extraña, y es de notar que, aunque sea gran cantidad de ganado y salga de golpe del corral o aprisco, lo cuentan sin abrir la boca, ni señalar con la mano, sin faltar uno. Y para ahijar el ganado, aunque sean mil reses paridas, conocen la cría de cada cual y se la aplican”.

Yo alcancé a conocer parte de esa cultura, en la que todo se expresaba dentro de unos códigos lingüísticos reconocibles, propios de un sistema

cerrado en donde las palabras y las expresiones formaban un todo indisoluble. En la comunicación cualquier expresión se identificaba normalmente con el medio que nos rodeaba, ya fuera la naturaleza, las tareas agrícolas o los animales, que todo el mundo entendía sin ninguna duda. Los hábitos sociales, o los comportamientos personales se expresaban teniendo siempre como referencia ese mundo. Si alguien estaba enfadado, estaba tesiendo, o amulado. Y si no decía palabra, entonces ni tugía ni mugía. Los caballos, los mulos, las bestias, los camellos, eran muy útiles para construir cualquier comparación; con las cabras se expresaba el estado de locura, y con las baifas se aludía a una mujer casquivana. Las gallinas también servían para ello, pero eso eran palabras más severas. Las personas intranquilas que entraban y salían de los sitios con impaciencia, eran como gotas de levante, y los muchachos casi siempre éramos como viento de abajo, de corta duración, que todo lo arrasaba.

Era común, asimismo, el uso de un lenguaje críptico, que formaba parte de la cultura propia

de los mayores y que servía para aludir a situaciones embarazosas delante de los pequeños, con la seguridad de que no era comprensible para nosotros. Se decía, por ejemplo, que las jóvenes “rompían la talla”, cuando llegaban a la pubertad, de la que, sin embargo, todo el mundo se enteraba, porque las madres o las hermanas no se ocultaban en comunicarlo con prontitud al resto de la familia y éstas a sus amigas. Al final del día, y entre buchito y buchito de café, todo el pueblo sabía quién había roto la talla. Si alguna mujer quedaba embarazada durante el noviazgo, se había descarrilado, o había tenido un tropiezo. El casamiento de algún viudo o de alguna viuda, por muy en secreto que estuviera, siempre se sabía, porque esa noche a los contrayentes les tocaban los bucios, las caracolas de mar, que algunas familias guardaban en su casa expresamente para ocasión tan solemne. Y se pasaban toda la noche soplándolas, como si con su tono lamentoso quisieran atraer los espíritus de los cónyuges fallecidos.

Eran nuestros juegos, los comunes de esa época: trompo, boliche, pídula, monta la chica,

piola, pero también jugábamos a inventar palabras, poniéndoles una sílaba delante: por ejemplo che, formando de este modo nuevos vocablos; o hablando al revés, o cambiando el orden de las palabras en la frase.

De esos juegos y de esas bromas, recuerdo muy vivamente una que se contaba sobre el aquellar y su uso indiscriminado, palabra que, por cierto, valía para todo. Eran historias que se decían siempre con tono grandilocuente, para conseguir mayor veracidad, como aquella en la que dos amigos se habían encontrado en el bar la “Viña del Loro”, en Santa Cruz, y con el entusiasmo del reencuentro y la rememoración de sus cuitas, comenzaron a aquellar con tanta vehemencia, y con tanta fruición, que el dueño del bar creyó que estaban realmente enzarzados y casi a punto de llegar a las manos, hasta el extremo de que estuvo tentado de llamar a un guindilla para que viniera a separarlos. Esas eran las bromas y los cuentos que me relataba mi padre en aquellos tiempos ingenuos de la inocencia. Los refranes y los dichos eran sentencias siempre cargadas de una gran sabiduría popular, pero

que expresaban también un peculiar modo de ser, la socarronería, la retranca, o la zorrería, sobre todo cuando las frases se decían con doble sentido. Eran comunes algunas, como si te digo te miento, o no te digo ni que sí ni que no, o ni mal me parece. Y una a la que yo le tengo un especial cariño, relativa a las personas que, de manera irracional o inesperada, le hacen una trastada a otra, o les decían cosas impropias. Cuando se producían esas situaciones, siempre había alguien que consolaba al castigado, con la siguiente frase sentenciosa: —¡Muchacho! No hagas caso de esas cosas—; o mejor aún —¡no esperes nada bueno, porque esa familia no son ni para ellos mismos! De este modo, se zanjaba el problema y ya no había razones para preocuparse.

De todas estas palabras, tengo un especial recuerdo con las usadas para referirse a las enfermedades. Háganse idea de que estamos en un lugar y en una época en la que cuando el médico venía al pueblo la gente se preocupaba por saber quién estaba enfermo, porque siempre era un acontecimiento excepcional. No estaba bien vis-

to que lo llamaran por una poquedad. Eso lo hacían sólo las familias mimosas. En este ambiente, lo que primaba era la prescripción popular que siempre tenía explicación para todo. Los problemas estomacales se determinaban como buche virado —casi siempre enfermedad de los niños—, y en la mayoría de las ocasiones, por no decir todas, la causa era el mal de ojo. Siempre había en el pueblo alguna persona o algunas personas, y a veces todos los miembros de una familia a quienes se les había colgado el sambenito de que hacían mal de ojo. Era la gran panacea que explicaba cualquier problema. Cuando se producía alguna pequeña pandemia, ya fuera gripe, erisipela, viruela, sarampión, paperas o gripe, se definía como el andancio. Como todos lo padecíamos al mismo tiempo, mal de muchos consuelo... Hasta eso se compartía en común.

Las había también propias de la vejez, pero esas eran normalmente la fatiguita, el patatús, el telele u otros. Es decir, un infarto, una subida de azúcar, una trombosis. Eran, supongo, los males principales producidos por una vida al margen de cualquier control médico, una subida

de tensión, una dieta rica en papas, en sus distintas versiones, así como el gofio en todas las variedades comestibles, dispararían la glucemia y el colesterol a límites insospechados. El final era siempre la fatiguita.

LOS TOPÓNIMOS

Tuve siempre curiosidad por saber el significado y el origen de las palabras con las que se llamaba a los sitios. Me resultaba fácil entender el mundo que me rodeaba, cuando con ellas se aludía al pino del guirre, la quebrada, las majadas, el frontón, la sabinita, la cueva del agua, la cruz de los caminos, el barranco de las ánimas... No sucedía lo mismo, sin embargo, cuando había que referirse a otros de los que nunca supe su significado. Eran nombres llenos de embrujo: Tamaimo, Teguedite, Chío, Chiguergue, Chimiche.

Sabía también el origen de algunos nombres de nuestros barrios, El Río, La Sabinita, El Lomo, El Porís, pero nunca el significado de nuestro pueblo: Arico, aunque los mayores lo explicaban de manera sencilla. Eran nombres de

los guanches, los antiguos habitantes de la isla, a quienes los españoles –nos decían– les habían envenenado las fuentes. Y por eso se fueron poco a poco muriendo en las cuevas, donde habíamos visto sus huesos. La respuesta era si cabe aún más misteriosa.

Y cuando no se sabía muy bien el origen de los nombres siempre se podía acudir a la etimología popular, no exenta tampoco de imaginación. Se le podía atribuir a las brujas, a algún extraño personaje de grato o de infausto recuerdo. O se recurría al principio de autoridad que lo sentenciaba con su sabiduría. Así se contaba el origen de la palabra CHIMICHE, pueblo cercano a El Río de Arico, mi lugar de nacimiento. Cuando el Obispo Fray Albino Menéndez Reigada, estuvo de visita por el Sur de Tenerife, cuyo peregrinaje fue recogido en un librito, ciertamente curioso sobre esta banda de la isla, obrita que merece ser leída para conocer la situación deprimida de esta zona en el año 1930, pero también para comprobar el entusiasmo que hemos puesto en destrozarnos todo cuanto se nos ha puesto por delante. Según se contaba, pues,

cuando el mentado Obispo pasó por este lugar, por el camino viejo —aún no existía la carretera 822— le pareció que el nombre de Chimiche era propio para llamar a los perros. Así lo escuché yo. El topónimo, sin embargo, es de claro origen prehispánico, y puede proceder de un término alusivo a lugar de boca pequeña, como uno de los barrancos que existe cerca del pueblo. Lo mismo me sucedía con la explicación de Acero, interpretado como lugar en el que se habían encontrado objetos de este metal. El nombre, que es común en muchos lugares de las islas, incluso con su diminutivo de Aceradito, tiene poco que ver con eso. Hoy se explica por el beréber ASRÓ, o ASERÓ, que significa lugar elevado o fuerte, como así son todos los accidentes geográficos que llevan esa denominación.

En mi curiosidad por saber el origen de los topónimos, me interesé especialmente por uno conocido como “Hoya de las Cañas”. Después de indagar supe que procedía de unas tierras pertenecientes precisamente a la familia de las Cañas, emparentada con Pablo Álvarez de Cañas, natural de El Río, a quien familiarmente

llamaban Polo, esposo de la poetisa cubana Dulce María Loynaz del Castillo, premio Cervantes de Literatura, quien pasó aquí una breve temporada, en su visita a Tenerife, realizada en la década de los años cuarenta. En su libro *Un verano en Tenerife*, publicado en la Editorial Aguilar de Madrid en 1958, y con edición facsimilar de 1992, en la página 102, dice:

“Mis reflexiones se interrumpen por la aparición de un pueblo que llaman Río de Arico, donde Pablo pasó algunos años de su adolescencia y tuvo su primera novia.

Río de Arico, Río de Arico... El tiempo ha pasado como otro río de nieblas, y, al parecer, el pueblo sigue igual, aunque la novia sea ya una ejemplar matrona, y teja capotillos a los nietos.

De todos modos vigilo de soslayo el rostro de mi marido al cruzar zigzagueando por entre aquellas casitas graneadas con datileras en el patio y ristras de tomates en la puerta... Pero este rostro permanece incólume, oreado por su sonrisa de siempre, por su bondad de siempre...

Y dejamos atrás Río de Arico, donde no hay

ningún río, sino esta obsesión de las gentes por el agua”.

Nadie le dijo a la poetisa que la denominación de este lugar respondía a la existencia real de un curso continuo de agua, que desde su nacimiento en Guajara, el barranco la transporta todo el año, aunque hoy se halla cortada a la altura de Las Vegas, y puede verse correr, entre otros sitios, por un bello lugar llamado Pasajirón.

PALABRAS ANCESTRALES

En estas palabras de mi historia, parece normal que aludiera a las que de forma primordial están vinculadas con nuestro pasado más antiguo, porque esta es la parcela de la Historia a la que me he dedicado y a la que sigo haciéndolo. Y de todas ellas, la palabra gofio, es, qué duda cabe, la que merece una atención especial.

No existe acuerdo entre los estudiosos sobre su origen, ya que en los materiales lingüísticos de las lenguas canarias antiguas, el término para referirse a este alimento era AHOREN, bien similar por cierto, al usado en la actualidad en las

poblaciones beréberes marroquíes. Alejandro Cioranescu, sugirió ya hace tiempo, la posibilidad de que la palabra procediera de las islas orientales. En ese caso se podría pensar también que hubiera sido introducida por los berberiscos, o moriscos, que repoblaron Lanzarote y Fuerteventura, traídos desde la costa africana a estas islas por Diego García de Herrera de las que era Señor, de manera que al final tendría la misma procedencia africana, pero perteneciente a un periodo histórico más tardío.

Existe en Lanzarote un recipiente de fondo plano, con un gran pico vertedero, tratado siempre con un engobe rojo, que se conoce como TOFIO, y que a mi parecer no pertenece a las tradiciones propias de la cerámica preeuropea de esta isla, por lo que no descarto que el objeto fuera propio de sus utensilios que con el tiempo formó parte de la cerámica tradicional de la isla. La similitud fonética de las dos palabras, ciertamente no resuelve el problema, pero podría servir para establecer algunos elementos de comparación, ya que están por definir bien muchos ítem culturales de la aportación de es-

tas poblaciones africanas, entre las que, a mi modo de ver, la incorporación de nuevas palabras a las lenguas canarias debió de ser una de ellas, con la probabilidad incluso de que muchos supuestos guanchismos pudieran explicarse por esta vía. Palabras que aun siendo de origen africano, pertenecían a contextos históricos y culturales posteriores.

El alimento y la palabra la llevaron los canarios por las tierras semi vacías del sur de Norteamérica en la fundación de San Antonio de Texas, o en la de Montevideo en Uruguay, o San Carlos de Tenerife, en la República Dominicana; o en San Agustín, en La Florida. Si colocásemos en un mapa los lugares en donde se conoce esta palabra junto a los sitios que se llaman Candelaria, de seguro tendríamos una buena pista para localizar a nuestra gente. Donde quiera que hubo canarios, o isleños, allí estaba el gofio y la Virgen de Candelaria.

El gofio ha llegado a ser para los canarios un símbolo, pero también ha alcanzado categoría literaria fuera de nuestros límites, aunque sólo sea por su fugaz aparición en la novela de Guillermo

Cabrera Infante *Tres tristes tigres*, que yo leí en los sesenta por recomendación de Luis Alemany y Aurelio Carnero. En la segunda edición de la editorial Seix Barral, de 1968, en el apartado XI, o capítulo XI, si seguimos el criterio de las novelas convencionales, lo encabeza el autor con el epígrafe siguiente: “CONFESIONES DE UN COMEDOR DE GOFIO CUBANO”. Un buen homenaje para una comida todavía hoy común en muchos lugares del Caribe, como pude comprobar en una ocasión en un pueblo del interior de la República Dominicana, en el que una señora creía que el gofio era un alimento de los taínos, la antigua población de esta isla que conoció Colón, porque nunca, me decía, lo habían asociado con los alimentos de los castellanos, seguramente porque la memoria de los canarios se había fundido con la suya más ancestral.

EL HABLA CANARIA ALLENDE LOS MARES

Nuestros paisanos se repartieron durante siglos por las Américas, primero navegando en los viejos veleros y más tarde en aquellos trasatlán-

ticos que hacían escala en las “Islas Afortunadas”, en donde Amaranta Úrsula había comprado aquellos pájaros canarios, que como nuestra gente, también volaron en busca de libertad, según la metáfora de Gabriel García Márquez en *Cien años de Soledad*, tan bien estudiada por Gregorio Salvador y plasmada bellamente en un cuento de Daniel Duque.

En *El amor en los tiempos del cólera*, aparece en varias ocasiones el nombre de Tenerife, en el río Magdalena, que en la ficción de García Márquez sería testigo de una hermosa historia de amor. El nombre de nuestra isla en aquella región colombiana, está de seguro asociado a la colonización de la provincia de Santa Marta por el tinerfeño, Pedro de Lugo, hijo de Alonso Fernández de Lugo y de Beatriz de Bobadilla. Por eso no es de extrañar el parecido de los hermosos balcones de la ciudad colombiana de Cartagena de Indias, que se alongan a sus calles, similares a los de algunas de nuestras ciudades.

No sé si es por esa razón, o por los emigrantes canarios que junto con otros grupos llegaron a comienzos de siglo a la tierra natal del escri-

tor, como así lo atestigua en *Vivir para contarla*, por la que el Nobel ha querido hacer un homenaje a este Archipiélago y a sus gentes, teniéndonos presente en algunas de sus novelas. Así, en *Del amor y otros demonios*, en uno de sus párrafos, en el que describe las características del padre Tomás de Aquino de Narváez, antiguo fiscal del Santo Oficio en Sevilla, quien para suavizar su fama de hombre duro, lo define diciendo que “era fino de gustos y maneras con la dicción dulce de los canarios”. Y en *El general en su laberinto*, refiriéndose a Simón Bolívar, dice que “hablaba con la cadencia y dicción de las islas Canarias, y con las formas cultas del dialecto de Madrid...”

Estos piropos de García Márquez a nuestra peculiar forma de hablar, nos dan ánimos y nos ayudan en nuestra autoestima para seguir defendiendo la peculiar manera que los canarios tenemos de interpretar el español, idioma común a tantos millones de hispanohablantes, que desde esta antesala atlántica del Nuevo Mundo, desempeñó un papel histórico muy destacado en la conformación de las hablas americanas.

Permítanme para terminar que haga mi particular reconocimiento a nuestro premio Nobel, utilizando una expresión muy sencilla. La misma, por cierto, con la que en circunstancias parecidas se lo manifestaba Daniel Duque, al glosar los textos citados. ¡Gracias D. Gabriel!, y a todos ustedes también por haberme escuchado.

